

## X

## La llegada del destacamento

TRES días después de los acontecimientos que acabamos de relatar, dos compañías de un regimiento de infantería del Cáucaso iban á instalarse en la *stanitza* de Novomlinskaia. Ya se habían descargado en la plaza los jergones que conducían los víveres. Los rancheros recogían leña mal conservada en los patios y preparaban la cena. Los sargentos pasaban lista á la tropa; los furrieles clavaban estacas para señalar el puesto del piquete. Los encargados del alojamiento circulaban por calles y plazuelas disponiendo el sitio donde debían albergarse jefes y soldados. Aquí se veían las cajitas verdes llenas de municiones, en orden perfecto; allá los carros de víveres y los caballos; al otro lado las marmitas en las que se guisaba la cena.

Allí están el capitán, el teniente y el sargento Onésimo Mikhailovitch. Todo está preparado en la *stanitza* donde, según se susurra, queda ordenada la instalación de la compañía; así pues, los soldados se agitan y alborotan como si estuvieran en su casa. Pero, por qué han de quedarse aquí? Quiénes son esos cosacos? Les agrada, acaso, ver á las compañías alojadas en sus casas? Son viejos creyentes? Nadie se preocupa de ello. Ajustadas cuentas, los soldados cansados y cubiertos de polvo, dispérsanse con desordenado ruido por las calles de la población, como un enjambre de abe-

jas. Sin reparar en el aire de descontento que reflejan los cosacos, entran en las chozas por grupos de dos ó tres, golpeando alegremente con las armas que dejan á un lado, y tirando al suelo el morral para divertirse con las muchachas.

Un gran grupo se forma alrededor de las ollas, sitio predilecto de los soldados que, con la pipa en la boca, miran el humo que se eleva en el aire caliente convirtiéndose en densa nube blanca al llegar á determinada altura, ó el chisporrotear del fuego que parece como cristal fundido en el aire puro de la noche, ó se burlan y ríen de los cosacos y sus mujeres por la vida que hacen tan diferente de la vida rusa. En todos los corrales donde hay soldados se oyen risotadas, gritos agudos de mujeres enfadadas que defienden sus propiedades y rehusan darles agua y jabón. Los muchachos de ambos sexos se apiñan estrechamente contra sus madres y con tímido asombro siguen los movimientos de los soldados, que nunca habían visto, ó corren tras ellos, aunque á respetable distancia.

Los cosacos viejos abandonan sus cabañas sentándose sobre bancos de piedra y, silenciosos y severos, miran la instalación de los soldados, sin poder adivinar qué significa aquella invasión y siempre con la confianza puesta en Dios.

Olenín, que desde hacía tres meses estaba inscrito como alférez en el regimiento del Cáucaso, recibió alojamiento en una de las mejores casas de la *stanitza*, la del corneta Ilía Wasilievitch, la de la vieja Ulitka.

—Qué va á ser de nosotros, Dmitri Andreievitch?—preguntó Vanucha dirigiéndose á Olenín que, vestido de tcherkés, sobre un hermoso caballo comprado en Groznaia, penetraba alegre, tras cinco horas de marcha, en el corral de la casa que se le había designado.

—Qué hay de nuevo, Ivan Vasilievitch?—dijo acariciando el caballo y mirando con regocijo á Vanucha, que, bañado en sudor, los cabellos en desorden, la mirada torva, acababa de llegar con el furgón y comenzaba á abrir los baúles.

Olenín parecía otro hombre. En lugar de la cara afeitada, llevaba bigote naciente y aún barba; su tez pálida, con marcadas huellas de hacer vida nocturna, presentaba ahora en las mejillas, frente y cuello, una coloración rojiza y sana. Ya no vestía el frac nuevo, flamante, sino blanco caftán de largos pliegues, sucio como el de los tcherkeses y lleno de armas. La camisa blanca, impecable, reemplazábala un cuerpo de seda roja que cubría su cuello. Sentábale muy mal el traje á lo tcherkés y todos vieran en él un ruso y no un abrek, aun que lo hubiese sido.



Todo en él respiraba alegría, salud, contento de sí mismo.

—Vos lo tomáis á broma,—dijo Vanucha—pero hablad á esas gentes; no se les puede sacar nada, ni una palabra.—Vanucha encolerizado, tiró por tierra un cubo de hierro.—Como si ellos no fueran rusos!

—Debías haberte dirigido al jefe de la *stanitza*.

—Pero si no conozco el pueblo!—respondió Vanucha enfadado.

—Por qué te disgustas?—preguntó Olenín mirando en su derredor.

—Que el diablo se lo lleve! El patrón no está en casa. Según dicen ha salido á pescar en un *kriga* (1), y la vieja es un demonio del mal, Dios nos libre!—respondió Vanucha llevándose las manos á la cabeza.—Cómo viviremos aquí, no lo sé. Son peores que los tártaros. Y todavía se llaman cristianos? Los tártaros son más nobles. Ha marchado á la *kriga*! Qué es eso de *kriga*? Nadie lo sabe. Lo han debido de inventar ellos,—añadió Vanucha volviéndose de espaldas.

—Ah! Esto no es lo mismo que nuestro país, allá en el campo,—dijo Olenín bromeando y sin bajar del caballo.

—Dadme el caballo,—repuso Vanucha, contrariado por la nueva vida que adivinaba y sometiéndose á su suerte.

—Con que dices que los tártaros son más nobles, eh! Vanucha?—repitió Olenín apeándose y dando una palmada sobre la silla.

—Sí, sí, podéis reiros! para vos será muy divertido!—respondió Vanucha con disgusto.

—Ven aquí y no te enfades, Ivan Vasilievitch—dijo Olenín que continuaba riendo.—Escucha; voy á ver al amo de la casa y verás que pronto arreglo el asunto; nos tratarán á maravilla y sin que tengas que enfadarte.

Vanucha no contestó, pero guiñando los ojos con desprecio siguió con la vista á su patrón y movió á un lado y á otro la cabeza. Vanucha no veía en Olenín más que un amo y Olenín en él un criado, de tal suerte que ambos hubiéranse sorprendido si alguien los conceptuara como amigos, no obstante serlo en el fondo. Vanucha entró en casa de su dueño cuando apenas contaba once años y Olenín tenía su misma edad. Cuando éste llegó á los quince, se encargó, durante cierto tiempo, de la instrucción de Vanucha enseñándole á leer el francés, de lo que éste se mostraba muy orgulloso; y aun ahora, cuando se hallaba de buen humor, decía algunas palabras francesas sin cesar de reirse como un tonto.

(1) Sitio separado por zarzales á la orilla de un río, destinado á la pesca.

Olenín traspasó el portal de la cabaña y empujó la puerta del vestíbulo. Marianka, vestida con una sencilla camisa color rosa, según costumbre de las jóvenes cosacas, asustada, se alejó de la puerta para ocultarse en la estancia, la cara cubierta con la manga de su camisa tártara. Al acabar de abrir la puerta pudo distinguir Olenín en la semiclaridad, la figura alta y elegante de la muchacha; con la avidez y curiosidad propias de la juventud, fijóse involuntariamente en las formas vigorosas y virginales que dibujaba la finísima camisa de lienzo y en los hermosos ojos negros que le miraban con miedo infantil y curiosidad salvaje. «Ah, sí, es ella!» pensó Olenín. «Si habrá en el pueblo muchas como esta!» se le ocurrió y penetró en la estancia.

La vieja Ulitka, también cubierta por una camisa, barría el piso vuelta de espaldas á la puerta y medio encorvada.

—Buenos días, abuela! Vengo á alojarme,—dijo.

La mujer, sin cambiar de actitud, volvió hacia él su rostro encolerizado en el que todavía se marcaba algún destello de belleza.

—A qué has venido? Te burlas de mí? Eh? Ya te enseñaré yo! Que la peste negra te lleve!—gritó lanzando una mirada de ira por entre el fruncido entrecejo.

Olenín pensó que los soldados del Cáucaso, á los cuales pertenecía, fatigados y somnolientos, serían recibidos con satisfacción en todas partes y sobre todo en tierra de cosacos, sus compañeros de armas; por eso quedó estupefacto al ver aquella recepción. Sin turbarse, quiso manifestar la intención que le animaba de pagar su hospedaje, pero la vieja le interrumpió.





—Para qué has venido? Qué plaga! Tú, testa pelada! espera un poco, que va á llegar el patrón y te pondrá en tu sitio. No tengo necesidad de tu maldito dinero. Ya te conocemos; infestas la casa con el tabaco y todavía quieres pagarnos esas molestias con dinero! Que las balas te destrocen el corazón y las tripas!...—dijo con voz chillona amenazando á Olenín.

«En verdad que Vanucha tiene razón», pensó Olenín. «Los tártaros son más nobles». Y salió de la cabaña acompañado de las maldiciones de Ulitka. En el mismo instante, Marianka, siempre envuelta en su camisa rosa, pero cubierta hasta los ojos con un chal blanco, deslizóse delante de él hasta el pasillo, pisando suavemente los peldaños de la escalera con sus pies desnudos; salió del vestíbulo, se paró, volvió rápidamente la vista hacia el joven con la sonrisa en los labios y desapareció por la esquina de la cabaña.

El paso firme de la joven, la ardiente mirada de los brillantes ojos que cubría el velo blanco y la gracia de su talle esbelto y proporcionado, llamaron nuevamente la atención de Olenín.

«Debe ser *ella*», pensó. Y menos apenado por el recibimiento de la vieja, con los ojos fijos en Marianka, se aproximó á Vanucha.

—También la hija es una salvaje!—dijo el ordenanza que aun no había terminado de arreglar los paquetes llegados en el furgón, aunque ahora estaba ya más alegre.—Es como el jumento en un rebaño. *La fame!*—añadió en voz alta, y soltó una carcajada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cód. 1625 MONTERREY, MEXICO

## XI

### Olenín topa con el viejo Erochka

EL dueño de la casa no volvió de la pesca hasta muy tarde y, cuando supo que le pagarían el hospedaje, tranquilizó á su mujer y satisfizo las exigencias de Vanucha.

En aquellos momentos todo tuvo arreglo. Los dueños de la casa quedarían en la parte destinada á habitaciones de invierno y en las de verano se alojaría el alférez mediante el pago de tres *monedas* mensuales. Olenín comió y se echó á dormir. Despertóse antes de la noche, se levantó, cepilló sus vestidos, cenó y, después de fumar un cigarrillo, sentóse cerca de la ventana que daba á la calle. El calor disminuía, la sombra oblicua de la cabaña con su elevada techumbre, prolongábase á lo largo de la empolvada calle yendo á romperse en la casa contigua. El tejado de cañas de la vivienda de enfrente brillaba con los rayos del sol poniente. El aire era muy fresco; la *stanitza* quedaba silenciosa y los soldados, ya instalados reposaban tranquilos. Los ganados no habían entrado aun y los habitantes tampoco volvían del trabajo.

La casa de Olenín hallábase casi al extremo de la *stanitza*. De vez en cuando, más allá del Terek, del lado de las regiones que acababa de abandonar Olenín, oíanse sordas detonaciones, bien de Thetchnia ó de la playa de Numitzk. Olenín sentíase satisfecho



después de sus tres meses de vivac. En la cara recién lavada sentía todavía el agradable fresco del agua; en su vigoroso cuerpo la limpieza inacostumbrada después de una marcha, le había prostrado en agradable letargo; en todos sus reposados miembros renacían la tranquilidad y el contento. También su conciencia estaba limpia. Recordaba la última campaña, el peligro pasado, su valor en los momentos críticos que le hacía igual á sus compañeros y el regocijo que le invadió al ser admitido en la sociedad de los valientes caucasionos. Los recuerdos de Moscova habían desaparecido de su memoria. La antigua vida quedaba en el olvido, y otra completamente nueva comenzaba sin que pudiera recriminarse lo más mínimo por error alguno. Aquí sería un hombre nuevo entre los nuevos hombres y se prometía felices resultados. Sentía su corazón invadido por un agradable sentimiento, cuya causa no podía encontrar. Quería vivir mucho, y mirando por la ventana ya los chiquillos que á la sombra de la casa jugaban á la pelota, ya su nueva habitación completamente arreglada, pensaba en el goce que habría de darle la *stanitza* en la vida que iba á comenzar. También llevó su vista á las montañas y al cielo, mezclando á todos sus recuerdos la impresión grave de la naturaleza majestuosa. No era esa la vida que soñó al salir de Moscova, pero sin embargo le encantaba. A todos sus pensamientos había de unir las gigantescas montañas que le rodeaban, cubiertas de verdura y llenas de esplendor.

—Ha besado á la perra! ha lamido la jarra! El viejo Erochka ha besado á la perra!—gritaron los chiquillos que jugaban á la pelota debajo de la ventana, dirigiéndose hacia la callejuela.—Ha besado á la perra! Ha cambiado el puñal por el aguardiente!—repetían avanzando y retrocediendo.

Los gritos se dirigían al viejo cazador que, con el fusil á la espalda y unos faisanes en la cintura, volvía del bosque.

—Sí, muchachos, es mi falta, es mi pecado!—dijo moviendo la mano gallardamente y mirando á las ventanas de las casas á ambos lados de la calle.—He alquilado la perra, por mis pecados—prosiguió visiblemente enfadado, pero aparentando indiferencia.

Olenín extrañóse de la conducta de los chiquillos para con aquel hombre, al observar la mirada expresiva é inteligente y la arrogante corpulencia del llamado Erochka.

—Abuelo! cosaco!—le dijo.—Acércate.

El viejo miró á la ventana y se detuvo.

—Buenas tardes, buen hombre—dijo quitándose el gorro y descubriendo su cabello cortado al rape.

—Buenas tardes, buen hombre—respondió Olenín.—Por qué te gritan los muchachos?

El viejo Erochka se aproximó á la ventana.

—Me insultan á mí, á un viejo. Mas no importa, me agrada. Que se diviertan conmigo!—dijo con esa grave entonación propia de los ancianos respetables.—Eres tú el jefe de los soldados?

—No; soy alférez. Y dónde has cazado esos faisanes?—preguntó Olenín.

—Los he muerto en el bosque—respondió el viejo volviéndose de espaldas donde, colgados por la cabeza en el cinturón y manchando de sangre su caftán, llevaba los tres faisanes.—No has visto nunca aves como estas!... si te gustan puedes guardarte dos. Toma!—Y por la ventana le alargó dos faisanes.—También tú eres cazador?

—Sí. Durante la última campaña maté cuatro.

—Cuatro? Qué atrocidad!—dijo el viejo con aire burlón.—Y eres bebedor? Te gusta el vino?

—Por qué no? Me gusta beber un poco.

—Veo que eres un buen muchacho. Seremos amigos.

—Entra—dijo Olenín.—Beberemos juntos un poco de vino.

—Es cierto; por qué no he de subir?—dijo el viejo.—Toma, coge los gallos.

En la mirada de Erochka se veía claramente que el alférez no le disgustaba, comprendiendo que en casa de éste se bebería gratis; por eso le regaló el par de faisanes.

Después de algunos minutos se presentó en la puerta de la bañía. Fué entonces cuando Olenín pudo ver toda la colosal y fuerte corpulencia de aquel hombre. Su bronceado cutis, rodeado de blanquísima barba, estaba surcado por viejas y profundísimas arrugas, producto de una vida trabajosa y libre; los músculos de las piernas, brazos y espaldas aparecían redondos y fuertes como los de los individuos de la raza amarilla. En la cabeza, á través de los cortos cabellos, distinguíanse profundas cicatrices. El cuello venoso y fornido como el de un toro, estaba agrietado. Las manos, callosas y llenas de arañazos.

Atravesó quedamente el portal, dejó el fusil en un rincón, lanzó una rápida mirada á los objetos que había en la estancia, fijándose bien en ellos y avanzando muy despacio llegó al centro de la sala. Con él la atmósfera se llenó de un olor fuerte, no desagradable, mezcla de vino y sudor, de polvo y sangre coagulada.

El viejo Erochka saludó á las imágenes acariciándose la barba, y llegando á Olenín le tendió su carnosa y negra mano.



—*Kochkildi!*—dijo.—Esto significa en tártaro: Te desco buena salud; la paz sea contigo.

—*Kochkildi!* Ya lo sé,—repuso Olenín cogiéndole la mano.

—Bah! no conoces las costumbres del país! Necio!—añadió Erochka moviendo la cabeza en señal de reproche.—Cuando te digan *Kochkildi* debes contestar: *Alla razi bo sun*; que quiere decir: Dios te guarde. Eso se dice y no *Kochkildi*. Ya te enseñaré todo eso. Aquí estuvo con nosotros un ruso, Ilía Moceitch, y fuimos amigos. Muy buen muchacho, por cierto; borracho, ladrón, cazador, y qué cazador! A ese se lo enseñé todo.

—Y qué es lo que me vas á enseñar á mí?—preguntó Olenín cada vez más interesado por el viejo.

—Te llevaré de caza, te enseñaré á pescar, te haré ver thetchenzes; hasta si quieres te procuraré una hembra. Ya ves qué hombre soy!... Un calavera.—Y se echó á reír.—Puedo sentarme, padre?... porque estoy muy cansado, *karga*,—añadió en tono de broma.

—Qué quiere decir *karga*?—preguntó Olenín.

—En georgiano significa *bien*. Y yo lo digo siempre, es mi palabra favorita: *Karga*; cuando digo eso es que estoy alegre. Pero haz que traigan vino. Tú tendrás un ordenanza, no? Ivan!—gritó el viejo.—En vuestro país todos los soldados se llaman Ivan. También el tuyo se llama así?

—Sí, señor, Ivan. Vanucha!... Vé á casa de los dueños á buscar vino y tráelo aquí.

—Pero Vanucha es lo mismo que Ivan. Por qué todos los soldados se llaman Ivan en tu pueblo? Ivan!—repitió el viejo—Dí que te lo den del tonel comenzado. Tienen el mejor vino de la *stanitza*. Y pon cuidado, no te hagan pagar más de 5 kopeks por litro; de lo contrario, se alegraría la bruja... Nuestro pueblo es diabólico, bestial,—añadió Erochka en tono de confianza cuando hubo salido Vanucha.—Ni siquiera os conceptúan como hombres; para ellos tú eres peor que los tártaros. Los rusos son ateos. Mas para mí, aunque seas soldado, sin embargo eres un hombre, también tienes un alma. Es cierto ó no? Ilía Moceitch era soldado y poseía un corazón de oro. Verdad, padre? Por eso no me quieren los míos, pero á mí me tiene sin cuidado. Yo soy un hombre alegre, quiero á todo el mundo, soy Erochka, sí. No es verdad, padre?

Y el viejo acariciaba con afecto las espaldas del alférez.

## XII

### El vino de Olenín

VANUCHA que, entretanto había conseguido llegar á poner en orden toda la habitación, quedándole tiempo además para ir á afeitarse á casa del barbero de la compañía y sacar el pantalón que llevaba metido en las botas, como muestra de distinción al buen barrio que habitaba, mostrábase contento; con atención, pero sin piedad, examinó á Erochka á quien calificó de animal católico; bajó la cabeza encontrando el suelo sucio, y cogiendo dos botellas vacías que estaban sobre un banco, salió en busca del dueño de la casa.

—Buenos días, amables señoras—dijo con aire dulzón.—Mi amo me envía para comprar vino; lléname las botellas, señoras.

La vieja no respondió. La joven, que se estaba delante de un pequeño espejo tártaro, rodeaba su cabeza con un pañuelo. En silencio se dirigió á Vania.

—Lo pagaré, respetables señoras—dijo Vanucha haciendo sonar en su bolsillo las monedas de cobre.—Sed buenas y nos portaremos bien,—añadió.

—Quieres mucho vino?—preguntó la vieja cortando la conversación.

—Un litro.



envía mil rublos mensuales, porque nos adora. De qué sirven esos capitanes que no tienen dinero, como hay muchos?...

—Voy á cerrar la puerta,—interrumpió la joven.

Vanucha se llevó el vino; declaró luego á Olenín, en mal francés, que la muchacha aquella era muy gentil, y salió inmediatamente riéndose como un tonto.



### XIII

#### Los amores de Lukachka

**A**CABABA de sonar la retreta en la plaza. El pueblo volvía del trabajo. Hacia las puertas de los corrales los rebaños bajaban corriendo entre una densa nube de polvo dorado. Jóvenes y mujeres corrían por calles y corrales para recoger las bestias. El sol había desaparecido por completo tras los lejanos montes de nieve. Solamente una ráfaga azul se extendía entre tierra y cielo. En la sombra, apenas visibles, se percibían las estrellas, y el ruido se amortiguaba poco á poco en la *stanitza*. Después de terminada su tarea con los animales, las mujeres salían á la calle y sentadas sobre el terraplén mascaban granos de girasol. Marianka, después de dar el pienso á dos vacas y una búfala, se unió á uno de los grupos.

Componíanlo mujeres jóvenes y viejas y un cosaco anciano.

Hablaban del abrek muerto. El cosaco narraba la hazaña y las mujeres le hacían preguntas.

—Temo que nó le den gran recompensa,—dijo el cosaco.

—Seguramente, porque, según dicen, sólo le darán una condecoración.

—Mocev ha sido injusto con él, tomándole el fusil; pero ya lo saben las autoridades de Kizliar y seguramente le costará muy caro.